

LOS PUEBLOS, UNA DISERTACION...

PARA quienes hemos perdido el hábito, de las horas estudiantiles, resulta sobrecogedor el espectáculo de millares de postulantes cubriendo hasta al último palmo de la Universidad actual. 3.107 se apuntaron en Madrid a las valoraciones previas de una Facultad, la que aquí nos importa. Y tómesese la apurada exactitud del dato como reverencia a lo que ya sobrepasa el arte del periodismo para entrar en la Ciencia - muy con mayúscula- de la Información.

Cuando el copioso ejército llegó a estar ordenado, los novicios se enfrentaron con unas cuartillas blancas, tersas, mejores en calidad -un día es un día- que las habituales de las mesas de redacción. Y con la invitación de la escritura, el alivio de poder elegir. Sin la libertad de criticar, no hay elogio que valga gran cosa, dijo más o menos Beaumarchais y repite incansablemente, día a día, en la cabecera, un periódico de su país. Como primer escalón -por algo se empieza- nuestros futuros informadores tuvieron el derecho, al menos, de escoger entre dos temas. Por ejemplo: «El Mediterráneo en 1974», o bien, «Los pueblos», así sin mayores precisiones, alargando infinitamente los márgenes. En lo que yo ha podido columbrar, la mayor parte se inclinaría por lo segundo. Y es que en muchos casos hablar de los pueblos supone hablar de uno mismo: la primera y más natural tendencia -aun cuando se cumpla inconscientemente- de quien estrena vocación de escritor.

Cada hombre es un mundo, no todos los ojos ven de la misma manera. Líricos o pragmáticos, dóciles, o contestatarios, arbitristas o sin imaginación, unos millares de folios sobre los pueblos iban a hacer montón para fatiga de los examinadores. Allí estaría la paz del lugar, con su aire incontaminado y el caer de las horas en el campanario de la iglesia. Allí las reivindicaciones añosas de los burgos irredentos, la convivencia tan próxima y cálida pero también la murmuración, las ilusiones y las frustraciones, la hermosura del atardecer y las carreteras imposibles....

La unanimidad avasalladora en su fuerza numérica, me pareció comprenderla después: Cuando la cosecha recentísima de mozos (y mozas), muchos de ellos llegados de los entresijos del país -de los pueblos del país-, se agolpaba con avidez al aprendizaje de los autobuses y del Metro, invadía los bulevares, inauguraba ese curso selectivo, que se llama -y no de ahora- la conquista de la ciudad. De la gran ciudad.

Coches de línea

Los coches de línea hacen sobre el mapa una red tupida, densa de, sugerencias. Yo les tengo una carpeta -no una carpeta material, solo una cuadrícula en mi pensamiento- dentro de esa colección de libros que uno ha imaginado escribir un día y que acaso no emprenderá jamás: el circuito de los autobuses de España. Saldría yo, por ejemplo, de Santiago de Compostela -aunque la devoción mande «ir» a Santiago- y en un «castromil». (A los coches de línea se les llama, según las comarcas, un castromil, una pava, un martiniano; una alsina... Esta nomenclatura ya valdría un ensayo.) Y regresaría a la ciudad apostólica después de recorrer la piel de toro, enlazando y cambiando de empresas pero sin recurrir a ningún otro medio.

Lo mejor está en lo humano. La dotación de todo coche de línea son dos hombres: el chófer y el cobrador. Y con ellos comparte la lanzadera incansable una parroquia menos cambiante, más íntima y familiar que la habitual de los trenes. Otra característica es la diurnidad. Estos transportes dejan la plena noche para los grandes expresos y los correos largos. Duermen, a veces, en la plaza mayor de una villa, hasta que temprano van acudiendo los viajeros por calles adyacentes. Entonces suenan las pisadas como si todo el pueblo fuera un cántaro vacío. Los viajeros del alba posan en el suelo las cestas, también alguna maleta pero sobre todo las cestas, y tosen y se frotan las manos. Luego viene el motor, con, lo que todo el personal se anima mucho. El cobrador, más solidario que el chófer, acomoda los equipajes en la baca, o si el ómnibus es moderno en los vientres secretos que aguardan entre el chasis y el piso. Y al fin, a rodar. Aunque haya autobuses de largo recorrido, lo más frecuente es que se contenten con llevar y traer el cargamento de lo humilde, del pueblo a la capital de la provincia -o de la diócesis-, del duelo a la alegría, del temor a la esperanza. O sea, que casan con la estima que uno dispensa a la poesía de lo pequeño y cotidiano. O sea, que a uno le caen muy bien.

Pero he aquí que no hace mucho; en los papeles oficiales se alude a un posible servicio que desmonta mis viejos esquemas mentales y sentimentales. Es nada menos, el coche de línea Málaga-Estocolmo, con las correspondientes paradas intermedias.

-Oiga usted, maestro. ¿Es aquí donde para el «portillo» que pasa por Hamburgo?

Llevo días imaginándolo y nada que no salgo de mi perplejidad.

...Y los olvidados

Cuando usted viaja, lector, por una de nuestras grandes carreteras o autopistas,

lo rápido y confortable del viaje no le permite pensar ¡confiéselo! , en la suma de heridillas individuales que ha debido inferir ese progreso. Quiero decir toda gente que ha quedado al margen, restaurantes acreditados durante muchos años, surtidores y talleres, confiterías pueblerinas de mucha confianza. Un día empieza el rumor que nadie quiere creer, luego el Boletín Oficial, más tarde vienen las grandes máquinas a trazar la variante. Y aunque mientras duran las obras seguirá el tránsito por los lugares de siempre, ese ir y venir tiene ya un talante triste y desahuciado. Y al fin... el fin.

Uno, que tiene el corazón sensible -mi compañera sospecha que sensibilero-, ha encaminado el coche por el desvío que lleva a la vieja querencia de una venta en el puerto de Manzanal. El lugar está ahora casi vacío. El chorizo es bueno y el vino, salta en agujas, eso que en la bodeguería leonesa se dice «tener riscante», pero falta aquel contexto gritador de los muchos e impacientes viajeros. Como es frecuente y duradero en las mujeres de la tierra la patrona que me atiende viste de luto. Pienso que su desaliento, sin embargo, le viene del cambio al que no acaban de acostumbrarse los ojos.

Aunque yo le dijera que su caso particular no es gran cosa dentro de lo general, que el correr de los tiempos se han abierto nuevos pasos y caminos para todos al precio de arruinar, a algunos, ella pensaría, a su manera, lo del soldado que encuentra su Waterloo en una bala perdida un día de maniobra. De manera que no digo nada, pago, saludo; y pronto ruedo sobre el asfalto novísimo mirando de no rebasar la velocidad máxima pero alcanzándola. En estas vías orgullosas -no siempre exentas de belleza-, el apartamiento de los viejos lugares que nos servían de hito y referencia acarrea la consistencia de que lo nuestro es pasar, olvidar a los que se quedan fuera del camino.

Antonio PEREIRA